

## Eternidades de un tic-tac

Brillaba ya el sol de aquel invierno adormecido cuando las primeras notas flotaban en el aire de aquella vieja habitación un jueves por la mañana. Bobbie parecía ensimismado, completamente embelesado por la textura que adoptaba la felicidad trepando por sus cuatro paredes, enteramente vestida de blanco perla.

Veía nacer colores de todos sus sentidos, intentando captar su esencia en el primero de los muchos pentagramas que acabaría llenando al terminar el día. Sentía un deseo irrefrenable de garabatear cada folio con la incesante lluvia de sentimientos que afloraba todo su ser, desde la punta de los pies hasta el ápice de su sombrero de tela, ajado por el tiempo y de un color grisáceo cada vez menos intenso.

De las cuerdas del violín ya no salían notas, ni siquiera melodías; se habían convertido en magia pura, fusionando música con pasión y locura personalizadas. El viejo instrumento que vivía con él desde que tenía uso de razón había pasado a ser una parte de su ser, una prolongación de su propia vida.

\*\*\*

Hacía apenas una semana que se había instalado en la casa del pueblo, aquella que tantos momentos había vivido con él. Aquella capaz de hacerle olvidar hasta su propio nombre en noches estrelladas de frío y recuerdos. Marchó de la ciudad con la excusa de olvidarse de mil amores mal curados, de cicatrices abiertas en la memoria que aún seguían desgarrándole con demasiada fuerza el corazón.

Bobbie era un chico corriente, sencillo y dueño de sus silencios. Él mismo se arrepentía muchas veces de eso último, pero su timidez le carcomía los sentidos hasta tal punto que era incapaz de mostrar a nadie aquello que latía dentro de sí. Muchas veces llegué a preguntarme qué era lo que más brillaba en él, si su eterna humildad o aquella sonrisa eterna que conservaba para todo aquel que se cruzara por su vida.

Los últimos meses habían pasado más lentos y tristes que nunca. Paseaba por las calles y veía su rostro en cada esquina, sentía su voz en los bares y olía su perfume cada noche pegado a las sábanas. Aquel amor furtivo le había robado el aliento y se había hecho dueño de su cordura. Perdió el apetito y ni siquiera se dejaba ver por las calles con la luz del sol. Prefería esconderse tras las sombras de sus miedos antes que enfrentarse a su propia realidad. Llegó incluso a odiarse a sí mismo por haberse dejado llevar tan pronto por demasiadas fantasías. “El amor no sabe de reglas ni de miedos, es libre, como tú y como yo. Pero cuando te alcanza es capaz de romperte los cimientos y hacerte perder la cabeza poco a poco, sin darte apenas cuenta, hasta que te vuelves loco por completo.”. Aún recordaba las palabras que tantas veces había oído decir a su abuelo y lo mucho que llegaba a echarlo de menos en momentos como aquel.

En la ciudad ya no le quedaba nada a lo que aferrarse, con lo que creyó oportuno marchar algún tiempo fuera, aislado de toda aquella tormenta de sentimientos. Siempre había preferido el frío del pueblo al calor de la ciudad, la calma, la paz y ese toque de dulce melancolía que se respiraba allí.

Llegó con billete de ida pero no de vuelta, con la intención de quedarse allí el tiempo que sus ganas y sus fuerzas le pidieran. Los primeros días pasaron despacio, entre paseos por el bosque y largos suspiros al calor de la chimenea. Poco a poco sentía que iba recuperando el ritmo normal de su latir y que había podido volver a desvivirse con su violín, del que hacía semanas no se atrevía a coger por miedo a nuevas recaídas, por miedo a terminar lloviendo lágrimas de rabia y desaliento.

Hacía ya diez noches que había vuelto a su casa de infancia. Recordando viejas costumbres, quiso recuperar una de las que más le gustó siempre, así que se hizo con una buena manta para deshacerse del frío y salió a la terraza. Allí se estiró, como cuando era apenas un crío y se perdía en la inmensidad de las estrellas. El silencio rompía las calles. Nunca antes había visto una noche tan mágica como la de aquella madrugada de jueves.

Cuando miró el reloj descubrió que el tiempo se había colado por dentro de la casa, que ya eran las cinco y media y llevaba prácticamente cuatro horas fascinado ordenando pensamientos. Entró a la casa, tiritando, pero con una medio sonrisa en los labios de la que no era tan siquiera consciente. Dio vueltas y más vueltas en la cama, pero cuanto más pensaba, menos conseguía conciliar el sueño. Se levantó casi de golpe y se dirigió al comedor. Empezó a

husmear por los armarios, sin saber a ciencia cierta qué estaba buscando. Finalmente lo encontró, y sacó de la segunda estantería un libro forrado con una tela turquesa. Nada más abrirlo la cara le adoptó un gesto alegre y triste a su vez. Hacía más de diez años que no paseaba la mirada por aquellas viejas fotos. Estuvo casi más de media hora rememorando los años perdidos cuando, por fin, parecía que el sueño volvía a adueñarse de él. Se levantó para dejar el libro en su sitio y, justo después de hacerlo se quedó perplejo, completamente inmóvil. Su mirada se había clavado en un viejo reloj. Era su reloj, el reloj de su abuelo. Seguía como antaño, tan sólo conservaba un par de roces en la correa, pero lo demás estaba intacto. De repente sintió algo que no supo explicar. Un calor le invadió el cuerpo, se le metió en las venas y le llegó al fondo del alma. Las manecillas del reloj todavía funcionaban y, por un momento, sintió que era él mismo quien tomaba forma junto a sí en aquel viejo comedor. Fue entonces cuando recordó la última conversación que había tenido con él, tres años atrás: “Bobbie, pequeño, no temas nunca que este viejo amigo te juegue malas pasadas –*le decía señalándole el corazón*–, gracias a él vivirás los momentos más mágicos de tu vida. No le tengas miedo a nada, ¿me oyes? Y mucho menos a ser feliz. Toma –*decía mientras le daba su reloj*–, pónitelo cada vez que sientas que el pecho te ahoga las fuerzas y, cuando yo falte, no te olvides de llevarlo siempre y de procurar que nunca pierda su tic-tac. Así podré cuidar de ti allá donde vayas.”. Una lágrima brotó de su rostro, aún conmocionado por la situación.

Volvió a la habitación y empezó a hacer las maletas; en menos de media hora ya estaba despidiéndose, con el alma en los ojos, de su antigua casa. Nunca antes lo había visto tan claro, no podía perder más horas lamentándose, ahora le tocaba mover ficha a él, decidir en el juego de su destino. Y lo hizo; decidió sentir, sonreír y vivir por todo aquello que aún le faltaba por descubrir en la vida. Fue entonces cuando creyó en el poder de los deseos lanzados a las estrellas y en la eternidad de su *tic-tac*.

*Kh Happiness*  
(*Andrea Miguélez Martínez*)